

## Capítulo introductorio

**A**L presentar esta narración de mis aventuras en Europa y Asia al lector, debo añadir algunas observaciones que no han sido plasmadas en las reminiscencias autobiográficas de este libro. Debo, en primer lugar, declarar que el deseo de conocer países extranjeros se despertó en mí a la tierna edad de seis años. Jugando con mis camaradas más jóvenes en el prado que precede a nuestro pueblo, intentaba, con una muleta bajo el brazo izquierdo —pues era cojo—, correr carreras con muchachos más apuestos. Quedándome generalmente muy atrás de mis rivales, y siendo objeto de las burlas de mis camaradas por mis fracasos, iba llorando a ver a mi querida madre y me quejaba amargamente de la vergüenza que me había sobrevenido.

Ella empleaba toda su ternura maternal para consolarme, diciéndome: «No te preocupes por eso, querido. Si te haces mayor y más fuerte, los vencerás a todos a fuerza de perseverancia. Estoy segura de que seguirás estando muy por delante de todos ellos».

Confiando firmemente en las palabras de mi buena madre, en adelante no me importaron mucho las burlas de mis compañeros de juego; esperaba con gran impaciencia el momento en que me adelantara a todos. Con un estímulo semejante me espolearon en mis estudios elementales y, viendo que gracias a mis esfuerzos me convertía en uno de los alumnos más aplicados, estaba plenamente preparado para el mismo éxito en las competiciones físicas. Desafortunadamente, en esto quedé hasta cierto punto defraudado, pues mis rápidos movimientos se veían generalmente entorpecidos por la muleta, que todavía usaba a la edad de diez años, no por necesidad, sino más bien por haberme acostumbrado demasiado como para andar sin ella, pero que me proponía dejar de lado lo antes posible. Un día,

mientras visitaba la tumba de mi padre en el cementerio, decidí caminar sin aquel molesto instrumento bajo el brazo. Habiéndome deshecho de la muleta, caminé, o más bien debería decir, salté, sobre una pierna, unos cuantos pasos, con el fin de probar la locomoción sin un soporte de madera. Fue un trabajo duro, más aún, agotador; y como el pueblo estaba a casi un cuarto de hora de camino del cementerio, empecé a desesperar, y salté hacia atrás para buscar de nuevo el despreciado apoyo. Habiéndolo cogido en la mano y disponiéndome a partir de nuevo para casa, sentí de pronto que se despertaba en mi pecho una extraordinaria agitación; el deseo de una inmediata facilidad luchaba ferozmente con una resuelta resolución, y sólo al recordar los buenos consejos de mi madre pudo vencer esta última. Para evitar cualquier tentación futura, rompí la muleta en dos, y usando una mitad de ella como bastón, volví a casa, por supuesto, con gran fatiga y casi bañado en sudor.

Cuento este incidente para demostrar al lector que una voluntad resuelta es capaz de lograr incluso cosas aparentemente imposibles, y que, a través de la perseverancia, se puede llegar a la meta.

Y que, persistiendo en nuestras decisiones, casi siempre alcanzamos la meta de nuestros deseos. Con el lema: «¡Hacia delante y nunca hacia atrás!», yo, un hombre cojo, desprovisto de todo nombre, pude ver países lejanos de Asia, y visitar lugares y pueblos que ansiaba conocer desde que leí por primera vez sobre ellos. Porque nosotros, los húngaros, somos, como debéis saber, asiáticos por descendencia; nuestros antepasados llegaron hace miles de años desde Oriente hasta las orillas del Danubio, y es muy natural que entre nosotros un viaje a Asia esté relacionado con una buena dosis de piedad nacional.

Puedo asegurar a mis lectores que merece la pena ver y estudiar Asia. Hay muchos, muchos rasgos en el carácter y en la vida social de los asiáticos que merecen nuestra admiración, aunque también hay otros que despertarán nuestra compasión y nos instigarán más a amar a nuestro propio país y a aferrarnos más estrechamente a nuestra propia religión e instituciones. Lo que más nos llamará la

atención es la diferencia de opiniones y puntos de vista que encontramos a cada paso en la vida interior del asiático. No es sólo su aspecto físico, su vestido y su lengua, su comida y su vivienda, sino también su manera de pensar, es más, su modo de caminar, sentarse y acostarse, lo que nos parecerá extraño a nuestros ojos, y nos ofrecerá un espectáculo al que no estamos acostumbrados en nuestro mundo europeo.

De bellas escenas, de ciudades de aspecto extraño, de edificios maravillosos y de monumentos antiguos no hablaré en absoluto, sino que repetiré lo que dije antes: «Un viaje a Asia vale la pena por las molestias que conlleva».

Sería injusto que les ocultara el hecho de que viajar por el interior de Asia no pertenece en absoluto a la clase de empresas llamadas viajes de placer o de vacaciones; pues implica una buena dosis de problemas y fatiga, de privaciones y sufrimientos. Un hombre criado en las mejores circunstancias, y acostumbrado a llevar una vida cómoda, debe estar preparado para alimentar su cuerpo con la comida más increíble, afrontar todas las inclemencias del tiempo y, lo que es más difícil, renunciar a sus nociones de limpieza. Por supuesto, un europeo sólo se entrena gradualmente para una vida tan extraordinaria de privaciones. Sólo yendo poco a poco de mal en peor somos capaces de soportar las situaciones más duras, y si al leer las páginas que siguen os asombráis de lo que pasé y de lo que tuve que sufrir, tened en cuenta que, a pesar de la gran pobreza que pasé en mi infancia, mi tarea no habría llegado a buen fin si mi avance desde Hungría hasta Asia central no se hubiera producido gradualmente y tras una estancia temporal en los países que tuve que atravesar en mi camino. La preparación fue ciertamente larga y fatigosa, pero a pesar de esa escuela preparatoria toda la empresa fue extremadamente azarosa, y mis sufrimientos fueron realmente tales que difícilmente podrían describirse. El relato que leeréis en las páginas siguientes y todo lo que he escrito, contiene apenas la mitad de las aventuras que pasé en Europa y en Asia, y debe tomarse sólo por los detalles de

una carrera que me propongo esbozar, pero que no publicaré en vida.

No necesito añadir que no me arrepiento en absoluto de haber pasado la mejor parte de mi vida visitando diferentes países asiáticos, y de haber sido testigo ocular de muchas costumbres y hábitos humanos extraños y sumamente interesantes. La alegría y la mayor satisfacción que sentí al contemplar las escenas que mi más temprana fantasía juvenil anhelaba, esa misma alegría la obtengo ahora del recuerdo de aquellas aventuras pasadas, y me siento realmente feliz al desplegar el delicioso y abigarrado cuadro de mi vida anterior. Si mis lectores encuentran placer al leer en estas páginas, y si he tenido éxito en impartirles algún conocimiento del lejano mundo asiático, me sentiré ciertamente más feliz; porque, según los orientales, recibir es un placer, pero dar, lo es el doble.

ARMIN VAMBÉRY

BUDAPEST